



5 metros
de cuentos
perversos

Antología. Prólogo de Andrés Barba.

Lo perverso se puede presentar de muchas maneras posibles y afectar en distintos niveles, materializarse en la más terrible barbarie, o brotar como un hecho aislado y sin aparente consecuencia. Los cuentos de esta antología, despojados de todo ánimo moralizante, muestran algunas de las formas en que la perversión puede aparecer y cumplirse. Las letras ahondan en nuestras «buenas» costumbres sólo para trastocarlas, y darle espacio a la imaginación, a lo fortuito.

abra el libro como quien pela una fruta

Carlos Oquendo de Amat

PRÓLOGO

por ANDRÉS BARBA

Para saber lo que tienen en común un viejo traje de *Winnie The Pooh* escondido en un altillo, una inquietante muñeca de María Antonieta, las figuritas de la casa de la nueva mujer de nuestro antiguo amante o las advertencias del cordón de una cortina (entre otras cosas) es necesario leer estos cinco metros de cuentos. Se leen, como no podía ser de otro modo, de un tirón y como quien escribe este prólogo siempre ha desconfiado y temido los prólogos hasta tal punto que puede contar con los dedos de una mano los que ha leído completos en toda su vida, será breve. La inquietante oscuridad se la deja a Schewblin y a Gabriela Alemán, la crueldad cómica a Paola Tinoco y a Valeria Luiselli, la retrospectiva nostálgica a Antonio Jiménez Morato, la comedia lúbrica a Fabrizio Mejía y la sugerencia inquietante a Alfredo Núñez Lanz y a Ana García Bergua. Los textos son tan breves que comentarlos sería estropearlos de antemano. Baste decir que funciona con la maquinaria de los buenos discos, donde la canción que sucede a la que uno escucha no es nunca la que uno espera, pero resulta ser siempre la apropiada. Y también que ni siquiera en los más inquietantes falta un rasgo de sentido del humor, más taimado o más negro, según los gustos.

El lector despistado los calificará inmediatamente de cuentos perversos y tal vez no le falte del todo razón (las

apreciaciones despistadas suelen ser casi siempre medio ciertas y, precisamente por eso, más falsas que una mentira abierta), en todos ellos palpita de alguna forma el germen de una perversión. Que la literatura pueda ser abiertamente perversa es ya harina de otro costal porque lo que articula la perversión, y en estos pequeños relatos me parece que puede apreciarse con mucha claridad, es ciertamente el amor hacia alguna cosa, o la incapacidad de amar alguna cosa. La perversidad es siempre un camino oblicuo y esquemático, y para entender esta premisa aparentemente alambicada y contradictoria basta hacer memoria de algún episodio en el que uno mismo haya sido víctima o sujeto de una perversión momentánea. Sólo la perversión literaria es compleja y fructuosa, la real es, *per se*, repetitiva, esquemática y previsible, no lo es tanto, y he ahí lo que hace que funcionen estos pequeños relatos, el amor o la incapacidad de amar porque ahí se sostiene el centro vacío sobre el que gravita siempre una perversión, aquello que la alimenta y encarna haciéndola compleja y distinta, a la medida de quien la sufre o la proyecta. En una entrevista reciente a Michel Houellebecq (quizá uno de los autores más insistentemente calificados como "perversos") una periodista de tal vez no muchas luces le preguntó al novelista francés hasta cuándo pensaba seguir indagando en los aspectos más oscuros de la naturaleza humana. La respuesta de Houellebecq no tiene precio: "¿Los más oscuros? Pero si en toda mi vida no he hecho otra cosa más que hablar de amor..."

MATERNIDAD

por VALERIA LUISELLI

Hierve el caldo de pollo, el niño entra a la cocina.

—Mamá, tú y yo no somos iguales.

—¿Por qué?

—No somos iguales —repite, mientras se rasca las noblezas y se arrima a la estufa.

Lleva una semana tocándose constantemente. Le pregunto si ocupa ir al baño, si quiere que lo lleve a orinar.

—Te voy a orinar a ti, mamá.

Le pego una bofetada y se me queda viendo, imperturbable. Jalo una silla, me lo siento en el regazo y me alzo el camisón para darle de comer.

* * *

Nació un 13 de febrero a las 7 de la mañana en la Clínica 54 del Seguro Social. Salió sin contratiempos, después de tres horas de contracciones regulares, una sola dosis de oxitocina, y veinte minutos de pujar. Salió feo pero sano. En vez de pelo tenía una felpa enmarañada entre blanca y grisácea; la piel cubierta por una capa grasosa y maloliente del mismo color; los ojos colmados de cuajaringos. Cuando el doctor cortó el cordón me lo pegaron al pecho y enroscó una boquita arrugada alrededor de mi pezón. Felicidades, ya es usted madre, dijo, y salió del quirófano desenrollán-

dose los guantes de látex. El niño se prendió con más fuerza de mi seno y abrió un ojito minúsculo y rencoroso. Nos miramos fijamente de soslayo.

* * *

Durante los ocho meses y medio que lo llevé en el vientre, estuve segura de que nacería mal, con alguna deformidad en la espina, labio leporino, autismo, síndrome de Down, o por lo menos albinismo. Lo cuidaría bien. Lo podría alimentar como a un animalito hasta que engordara tanto que no se pudiera mover de su cama. Que toda la vida me dijera: Mamá, necesito leche, mamá necesito más, mamá te necesito. Lo bañaría en una tina tan caliente que le quemaría un poco, sólo un poco —piel tan tersa—, para luego untarle aceites todas las noches antes de rezarle “Angelito de mi guarda, dulce compañía”.

Pero nació sano. ¿Cómo le va a poner a su hijo? Me preguntó una enfermera mientras me colocaba una bolsa de hielos en la vagina. Niño, le dije. ¿Así nomás? Así nomás.

* * *

Siempre ha sido intransigente. A los pocos minutos de nacer, un enfermero trató de desprendérmelo para hacerle pruebas. El niño se aferró a mi pezón como una sanguijuela y la piel se me rasgó ligeramente. Pero la criatura no soltó. El enfermero tuvo que darle una nalgada para que destrabara la mandíbula y se pusiera a llorar. Abrió la boca pero no lloró. Se quedó mirando al enfermero con la boca abierta. Felicidades —me dijo el enfermero después de las pruebas—, su hijo sacó nueve punto nueve.

Salimos del hospital y tomamos un taxi.

—Vamos a la avenida Cristóbal Colón.

Imaginé versiones de la felicidad: mi hijo y yo dentro de unos años en un parque con juegos infantiles. Yo, delgada

y fuerte, con una cabellera rizada y teñida de rubio *cherry-blonde*. Él, tal vez en silla de ruedas, pidiéndome que lo colocara en uno de los columpios. Yo lo alzaría en brazos y lo depositaría en el columpio. Lo empujaría tan fuerte, tan fuerte...

* * *

En su primer cumpleaños le hice un pastel de merengue. Lloraba tanto mientras le metía las cucharadas a la boca que me hizo llorar. Al verme las lágrimas, se puso a reír. Me molesté con él y lo metí al refrigerador.

* * *

Cuando empezó a ir a la escuela las maestras me recomendaron que lo llevara a natación. Fuimos a la alberca pública de la Villa Olímpica y nos sentamos en una tumbona para que el sol nos calentara un poco la espalda antes de entrar al agua. Una niña muy gorda corría tras una pelota inflable alrededor de la alberca. Iba enfundada en una bata blanca. Cuando se le iba la pelota al agua, le gritaba a su madre para que la recuperara. Ella se metía a la alberca obedientemente y nadaba hacia la pelota. Mientras esperaba a su madre en la orilla, la gordita se metía el cinto de la bata a la boca. El niño y yo contemplábamos la escena, absortos. Ella mordisqueaba y babeaba el cinto, gemía un poco, hasta que la madre regresaba a la orilla y le entregaba la pelota. La rutina se repitió unas diez veces, como cuando se entrena a un perrito, hasta que la madre se cansó. Tras su negativa a levantarse por onceava vez de la tumbona, la niña empezó a llorar. Como la madre la ignoraba, se quitó la bata, deslizó el cinto por entre las presillas y se lo amarró alrededor del cuello, simulando un ahorcamiento. Tiró de los dos extremos del cinto hasta que se puso un poco mo-

rada y se arrojó a la alberca. La madre, naturalmente, se lanzó tras de ella y la llenó de besos y arrumacos.

—Mamá —me dijo el niño.

—¿Qué?

—Tú te pareces un poco a esa niña gorda.

—¿Yo por qué?

—Mira cómo le cuelga la barriga y la papada.

* * *

De adolescente le gustaba el arroz chino. A la salida de la secundaria me lo llevaba a los restoranes orientales de la avenida Revolución y le tupíamos. Eran buenos tiempos. Él pedía por mí:

—Tráigale a este elefante unos rollos de primavera bien grasosos.

Él se pedía un arroz al vapor y yo se lo administraba en la boca con los palillos. Me emocionaba tanto que me temblaban un poco las manos. Se burlaba de mí:

—El glutamato te pone maraquera, mamá-marmota.

A veces, me ofendía con él y se me pasaba un poco la mano: le picaba la pared de la faringe con uno de los palitos de madera. Al niño le daban arcadas. Una vez me vomitó todo el arroz en el regazo.

* * *

Siempre sacó buenas calificaciones. Desde su nueve punto nueve cuando nació, de ahí no bajó. Se graduó del bachillerato con honores y de recompensa me lo llevé de viaje a Orlando. En el avión de regreso, los pilotos lo dejaron entrar a la cabina de vuelo. A mí no me dejaron, porque el niño me había obligado a viajar con un trajecito de Minnie Mouse y la azafata alegaba que con esa cabeza de peluche no cabríamos todos.

* * *

El niño quería ser piloto. Pero terminó siendo dependiente en una tienda de ropa femenina.

* * *

Desde que entró a trabajar, tengo prohibido entrar a su cuarto. A veces trae mujeres a la casa. Si toco la puerta sin un motivo, sale, me pellizca la papada y me da un pescozón. Yo le devuelvo una bofetada y él se me queda viendo, estoico, con la boca abierta. Entonces, me tengo que desabrochar la blusa para darle de comer.

Si vienen sus amigos a jugar al dominó, tengo que usar el camisón transparente y los tacones que él me trajo de la tienda de ropa. Hoy en la noche vienen tres amiguitos a jugar con él. Vamos a querer cenar caldo de pollo bien hervido —me dijo en la mañana antes de salir—, aquí te dejo para las compritas.

BLACKOUT

por GABRIELA ALEMÁN

Yo seguía guardando historias en las que alguien salía herido. De un tiempo acá me interesaban menos pero las archivaba de igual manera, por si algún día lo volvía a encontrar. Sabía qué le gustaba escuchar; lo conocía, con intermitencias, más de dos décadas. Había aprendido, en el transcurso de ese tiempo, qué fibras tocar para que su mirada se incendiara como la llama de una vela al fondo de una bebida turbia. Él había reconocido esa misma luz en mí cuando ni sabía que la tenía. Mientras los otros profesores pretendían enseñarme logaritmos o a reconocer la hipotenusa en un triángulo rectángulo, él me llevaba a hacer trabajo de campo en la ciudad. La llamaba arqueología nocturna. Tenía un don especial para reconocer los lugares que estaban a punto de extinguirse.

Pierde el que se emborracha primero: es lo único que recuerdo como enseñanza de esos años. A donde entráramos, era lo que susurraba en mi oído al franquear la puerta. Era lo último que recordaba antes de colapsar sobre mi cama, si llegaba a mi casa de madrugada. Era mi canto de sirena. La melodía en su voz no dejaba espacio para la decepción o el engaño. Cuando la entonaba me volvía su cómplice. Él no sabía cómo me halagaba serlo; aunque, a veces, pensaba que sí lo sabía, lo sabía demasiado bien.

Eso fue durante mi tercer año de colegio, cuando él era la joven promesa de las artes y yo era su alumna predilecta. Saqué un diez sobre diez en su curso aunque, después de la primera clase, nunca volví. Luego de esa lección inaugural me invitó junto a tres compañeros a tomar guayusas con aguardiente en el bar de la esquina. Tenía catorce años y fui. Luego lo echaron y nos vimos menos, sólo en las fiestas de los pocos amigos que teníamos en común. Más tarde, a principios de los noventa, me fui a Madrid y él se quedó en Quito. Pasaron tres lustros antes de que lo volviera a ver; cuando lo encontré bajando por la Avenida Amazonas, se le notaba el traqueteo de los años sobre el rostro.

No se alegró al verme, no como yo hubiera esperado. Como artificio no fue muy original, quería sujetarme en el arnés del pasado (cuando agradarlo y obedecerlo eran las correas que sostenían la armadura). La treta le funcionó a la perfección. Lo invité a tomar un trago, acabamos de ponernos al día cuando vaciamos la segunda botella. Para ese momento ya sonreía. Seguimos bebiendo, no porque hubiera querido prolongar nuestro encuentro, apenas había registrado lo que me contaba, sino porque lo confundí con la sensación que me devolvió. Podía ver nuevamente a través del vidrio de la adolescencia: el reflejo estaba libre de consecuencias.

Cuando nos aburrimos del lugar nos levantamos y lo seguí, como lo hubiera hecho antes. Como si el presente siguiera al recuerdo, sin desgarrar. Me llevó a la 24 de Mayo donde dejó muy claro que volvía a ser mi Cicerone, lo dejé guiarme. El viaje me divertía. Trepamos la cuesta que conducía al San Lázaro y tomamos a la derecha. Llegamos a una casa derruida, rodeada de maleza y basura. Empujó la puerta y entramos, nos envolvió el olor de un pozo séptico. Luego de una pared de oscuridad, distinguimos el titileo de una llama. El frío de la noche era lo único que me sujetaba. Apenas podía respirar, llevaba menos de una semana en la ciudad y el sitio donde nos encontrábamos estaba por lo

menos doscientos metros más arriba de los dos mil ochocientos a los que aún no me acostumbraba. Me tambaleaba por eso y por todo el alcohol que había ingerido en la tarde. Atrás había una habitación de tres por tres hecha con planchas de madera que dejaban colar el frío del exterior. Había varias sillas de acero y plástico regadas en el cuarto formando un semicírculo, el escenario estaba vacío. Yo era la única mujer. Aníbal me tomó de la mano, sus falanges estaban húmedas y tiesas como estalactitas. Su rostro tenía una luminiscencia extraña. No me sentía bien y le dije que nos fuéramos; se negó y no soltó mi mano. Me preguntó si Europa me había vuelto blandengue. No me gustó que me pusiera a prueba pero no quise terminar la noche peleándome, por eso acepté la botella de aguardiente que me tendió. No sé qué perversión pensaba sacarse de la manga para demostrarme que no había perdido su toque, que seguía siendo el mejor arqueólogo de la ciudad. Para aplacar mi mal humor bebí la mitad de la botella. Fue una pésima idea, me tuve que sentar. No sé cuánto tiempo pasó, si fue de inmediato o fueron horas, cuando aparecieron dos mujeres en el cuarto. Una debía tener cincuenta años, la otra ni siquiera había llegado a la pubertad. Las veía a través de un malestar que me cubría como una telaraña. Estaban desnudas, las dos se paseaban por el suelo de tierra con enormes tacones de agujeta. No sé qué hacían o les hacían. Recuerdo que Aníbal reía y que sus dientes eran marrones y algunos le faltaban. También recuerdo que no me podía parar y que la mano de mi antiguo maestro estaba posada sobre mi hombro, no sé si para mantenerme sujeta o para darme tranquilidad. Después no recuerdo más: tuve un *blackout*.

Cuando abrí los ojos lo primero que vi fue el rostro distorsionado de Aníbal sobre mí. Murmuraba algo, yo estaba tirada en el suelo. Seguíamos en el mismo lugar. Escuchaba lo que decía pero a la distancia, como si estuviera en otro cuarto. Sonaba a un argumento inacabado entre dos extra-

ños. Luego vi a las otras cabezas vigilantes sobre él. Fue cuando miré hacia abajo. Su mano estaba dentro de mí. No veía mi ropa por ningún lado. Fue cuando entendí lo que decía, *¿no te había dicho que pierde el que se emborracha primero?*

EXPERIMENTO

por PAOLA TINOCO

Un compromiso de trabajo me llevó felizmente a París y de inmediato pensé en visitar a Esteban. Le escribí para contarle de mi viaje y respondió, muy pronto, que le encantaría verme aunque se confesaba extrañado de que quisiera verlo. Le dije que no guardaba ningún rencor y él aseguró lo mismo, así que me dio su dirección y teléfono para que lo llamara cuando estuviera instalada.

* * *

Estuve en una reunión con los amigos antes del viaje y entonces supe que se había casado. No fue una sorpresa agradable. Tenía la ilusión de llevármelo a la cama durante el viaje y esta noticia no ayudaría a mis planes. Vas a conocer a Inés, me dijo Guadalupe, y enseguida vinieron los comentarios sobre ella: Samanta aseguraba que era la única mujer capaz de domar a Esteban. Guadalupe alababa su disciplina y enumeraba los premios que había ganado como arquitecta mientras que el golfo de Fabricio estaba obsesionado con sus senos. Cuando la veas averigua qué talla usa y verás que no me equivoco. Es una 36D, afirmó con voz beoda y ojos juguetones. Un portento de mujer, según parecía. Yo fingía interés en el tema y luego trataba de pa-